

4-23-8-25

EL

GA 1
R/29702

ESPIRITU DEL SIGLO.

Discurso

PRONUNCIADO EN LA REAL AUDIENCIA
DE

E. S. T. P. E. M. A. D. U. P. A.

EL DIA 2 DE ENERO DE 1833,

POR SU REGENTE

C
001
092
(1)

el señor *Baron de Luras Reales,*
del Consejo de S. M.

SEGUNDA EDICION

IMPRESA CON LICENCIA EN BURGOS:

Imprenta de D. R. de Villanueva.

Junio de 1833.



Handwritten notes and stamps: 'C', '001', '092', '(1)', '30', '174(1)', and a rectangular stamp with 'BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA'.

1 Leima, le premier chef d'un peuple volage,
(et esprit de notre àge,
(qui courut de sang et de deuil.

*Par Rousseau et de Voltaire
par La Harpe.*

SEÑORES:

NUNCA jamás mejor que ahora fueron conocidos y mas altamente proclamados los principios religiosos y políticos de la sociedad: nunca una esperiencia mas vasta y mas decisiva ha confirmado la verdad ó el error de las doctrinas; pero tal vez algunos magistrados cerrando el oído á la razon, y los ojos á la esperiencia se dejan llevar incautamente del prestigio funesto de vanas palabras con que en vez de restablecer los principios que pueden gobernar á los hom-

Il sema, fit germer chez un peuple volage,
Cet esprit novateur, le monstre de notre âge,
Qui couvrira l'Europe et de sang et de deuil.

*Portraits de J. J. Rousseau et de Voltaire
par La Harpe.*

SEÑORES:

NUNCA jamás mejor que ahora fueron conocidos y mas altamente proclamados los principios religiosos y políticos de la sociedad: nunca una experiencia mas vasta y mas decisiva ha confirmado la verdad ó el error de las doctrinas; pero tal vez algunos magistrados cerrando el oído á la razon, y los ojos á la experiencia se dejan llevar incautamente del prestigio funesto de vanas palabras con que en vez de restablecer los principios que pueden gobernar á los hom-

bres, comprometen su existencia y el reposo de la sociedad. Causa ciertamente terror y piedad á un mismo tiempo ver el culto que se dá ahora y los sacrificios que se ofrecen á una deidad nueva llamada *Espíritu del siglo* ídolo sordo y ciego, que ha destronado en Europa á la razón de todas las edades: palabra misteriosa que han inventado los revolucionarios, porque estando siempre en hostilidad contra el orden social tienen este y otros mote de rehacimiento; bien así como en la guerra se han adoptado diferentes voces y señales para reconocerse. Es necesario marchar con el siglo, se dice y se repite con aire muy capaz y dogmático: las faltas, los desaciertos de algunos funcionarios públicos se atribuyen al *espíritu del siglo*: la exageración de los demagogos es un homenaje al *espíritu del siglo*, así como se tiene por una oposición al mismo la resistencia de los hombres sensatos. Esta frase mágica, tan vana como perniciosa es una arma que ha forjado la revolución en provecho suyo para combatir á unos, proteger á

otros y procurarse una nueva existencia á fin de derramar otra vez la copa de los males sobre los hijos de la tierra: parecida á una serpiente que al rayar de la primavera sale de un lugar oscuro donde hinchada de jugos venenosos habia estado oculta durante los rigores del invierno, rejuvenecida con una piel nueva brilla otra vez á los rayos del sol, múevese ligeramente, se repliega con agilidad, alza la cabeza altiva y vibra su lengua de tres puntas. Asi tambien en los horrores de una tempestad el mar blanquea al principio, se hincha poco á poco, las olas irritadas se elevan de los hondos abismos y en su furor se lanzan hácia las altas nubes.

El espíritu del siglo, y la progresion de las luces, ó como suele decirse la perfectibilidad indefnida, este sistema conque nos ha regalado la moderna filosofia para desviarnos del camino facil y natural que han traído las naciones en la marcha de muchos siglos, este nuevo talisman ¿es acaso mas fuerte que los otros de que se ha valido la revolucion hasta ahora? Esto es

lo que voy á examinar en el presente rato. Cuestion es esta, señores, de la mayor importancia, que envuelve todos los principios de política y de moral pública, y de la cual dependen la felicidad de los hombres, la paz de las naciones, el orden de las sociedades, y el destino mismo del mundo civilizado; porque se trata aquí no de decidir como entre los Romanos quien de los dos, si el Senado ó los Tribunos obtendrian un poder harto indiferente al pueblo de Roma, y del que apenas oiría hablar el resto del Imperio; ó como en Atenas, cual de entre dos demagogos se haria escuchar de aquel pueblo de niños: sino de saber si la Europa entera pasará de la religion al ateismo, del orden á la anarquía, de la civilizacion al estado salvage. Voy pues á ofrecer á mi patria pensamientos ennoblecidos por el deseo de ser util; voy á trazar algunas líneas para precaver que se la abran llagas profundas; y en este dia clásico voy á llamar particularmente sobre ello toda la atencion de los depositarios del poder para que vivan

alerta y precavidos. ¿Queréis que yo olvide los peligros de una calma seductora, esclamaré con el Poeta, que me fie de un cruel elemento que me ha engañado tantas veces, y que abandone á los pérfidos vientos la fortuna de mi Principe? Espero, señores, que recibireis mis palabras con benevolencia; y en esto conoceré que vuestros corazones son españoles como el mio. Estadme atentos.

Todo lo que es excelente entre los hombres se desarrolla y despliega con lentitud, se sostiene algunos momentos con trabajo, y se precipita luego con rapidez. Empezar, crecer y morir es tambien la suerte del hombre sobre la tierra; y estan sugetas á la inmutable necesidad de esta ley todas las cosas humanas, y aun los astros en sus revoluciones periódicas, y en su curso arreglado las estaciones. Todo marcha sin interrumpirse en la creacion; pero todo marcha por una renovacion perpetua, y no por una progresion indefinida, como quiere darlo á entender la vanidad del siglo. El tiempo en su vuelo eterno

y de un golpe de su ala fúnebre dispersa en el seno de los mares y por la region alta de los vientos el polvo de los grandes y de los pequeños; y mil generaciones se fraguan otra vez en los hornos inmensos de la naturaleza. Lo mismo sucede con todos los demas seres sobre la vasta superficie de la tierra: las hojas que son hoy el ornamento y alegría de los árboles se ven dispersadas luego, y el bosque que reverdece echa otras nuevas cuando toda la naturaleza se reanima en la primavera. Las sociedades, pues no son otra cosa que el hombre considerado colectivamente, tienen tambien sus épocas fatales de crecimiento y de caducidad: época de fundacion, marcada con caractéres heróicos, y sentimientos exaltados: época de perfeccion, con virtudes generosas y sentimientos nobles y arreglados: época de decadencia, con pasiones fogosas y desordenadas; y cuando el espíritu humano llegando á cierto punto, que no le es dado traspasar en la perfeccion ó de sus facultades, ó del orden social cree poder abrirse otros caminos y

una nueva esfera de inteligencia: cuando en vez de conocer, que este mundo, como decia el gran Verulamio, es una especie de caverna muy oscura y rodeada de infinitos precipicios; y en vez de adelantarse por esto lentamente y paso ante paso, irritado de los mismos estorbos que encuentra, hinchado de necio orgullo, impelido por una curiosidad estravagante corre velozmente de una en otra parte y entra por sendas impracticables: entonces es cuando se alucina de todo punto; el horizonte no se presenta grande á sus ojos sino por un falso prestigio, y engolfado en un intrincado laberinto donde no halla salida, es el juguete del error, de la impostura y hasta de la mas grosera supersticion, y es, por decirlo en una palabra, víctima del orgullo que vanamente forcejea contra la fuerza irresistible de las cosas que le lleva á su pesar, como arrastró á Ninive, Memphis, Atenas y Roma, y sepultó en un mismo polvo sus monumentos y sus ilusiones.

Sueño es pues y quimera funesta de una so-

ciudad que desconoce las condiciones de su existencia, el sistema de perfeccion indefinida y siempre en aumento con que una falsa filosofia osa colocarse entre el hombre y la Providencia, por mas que la religion le pone de continuo á la vista el último dia del hombre tan cerca del primero, y la historia el mas alto crecimiento de las cosas humanas tocando inmediatamente á su decadencia. Maduran á su tiempo las mieses, dice un filósofo; se eleva la joven flor y se marchita luego; el árbol viejo se inclina hácia la tierra, y el hombre enfermo y miserable cual sombra fugaz desaparece tambien y tiene siempre abiertas mil y mil puertas para ir á la muerte: y su alma entonces cuando abandona su cuerpo, como un piloto experimentado desampara el fragil bajel que el oceano va á sumergir, ella sola conoce la verdadera beatitud, porque concentrándose en el seno de la misma Divinidad participa de la grandeza, de la escelencia y de la eternidad de Dios: y solo entonces es cuando la será dado percibir los concier-

tos desconocidos de la Lira y del Cisne celeste.

El Capitolio está cerca de la Roca Tarpeya ha dicho Mirabeau. Esta reflexion profunda del mas célebre orador de los primeros tiempos revolucionarios debiera ser meditada con frecuencia por los que se dejan arrastrar de las sofisticas ideas de *perfectibilidad*. Pero esta falsa sabiduría tan poderosa contra el orden y la paz de la sociedad nada puede ciertamente contra la verdad, nada contra la opinion misma de los hombres; y el esplendor conque brillan aun y brillarán eternamente en la historia los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X y de Luis XIV manifiesta hasta la evidencia, que en todos tiempos reconocieron los hombres los límites que han sido puestos al espíritu humano; pues por lo mismo que confiesan y admiran la grandeza de aquellas épocas privilegiadas, reconocen la inferioridad de los tiempos que las precedieron ó siguieron.

La Francia, la misma Francia cuya lengua habla toda la Europa, y que por tanto la es res-

ponsable de todo lo que escribe y pública, de sus doctrinas y aun de sus leyes que son unas doctrinas *autorizadas*: la Francia, digo, para quien es lo sumo del honor y para las demas naciones lo sumo del peligro que no pueda decir ni hacer nada, que no sirva de ejemplo ó de escándalo: mientras sus idéologos han creado, ó á lo menos promueven con audacia tan estraña paradoja, ha confesado y reconoce paladinamente que el siglo de Luis XIV fue la época por siempre memorable de su virilidad, el verdadero apogéo de su civilizacion.

Efectivamente nunca la Francia ha contado entre sus hijos número mayor de sabios: nunca mejor que en el siglo diez y siete ha visto con delicia de la Europa reunidos en su seno el talento con la modestia, el candor con la elevacion, y la práctica de todos los deberes con todas las prerogativas de la ciencia y de la imaginacion; y de la misma manera que un fuego devorador se apodera de un gran bosque en la cima de las montañas y derrama su luz activa

hasta en las campañas lejanas: ó como el astro que preside á la noche se presenta en medio del cielo en tiempo sereno, y entonces se descubren sin trabajo los promontorios elevados, los bosques y los valles, porque la brillante luz de esta antorcha celeste penetra la inmensidad del aire y ahuyentando las sombras descubre el cielo y la tierra: asi el resplandor de su sabiduría y de sus virtudes reflejaba y se estendia por toda la Europa.

Aquellos sabios habian entretenido desde su niñez un íntimo comercio con los mas bellos ingenios de la antigüedad: ellos penetraron en la noche oscura de los tiempos pasados: ellos estudiaron Roma y Grecia sin disgustarse por esto de los usos y leyes de su pais; y como dijo un filósofo de la misma nacion, ellos dejáran á Bayardo su divisa y su escudo que tanto valian como la espada de Cincinato, y no despojáran por cierto al magistrado que asiste al parlamento de su *simarra* y de sus recuerdos para darle la toga y los principios de Caton. La filosofia que

profesaron aquellos hombres ilustres es sabia sin timidez, ardiente sin exaltacion: es aquella filosofia que despues de haberse remontado hácia las altas regiones intelectuales, y llegado hasta los cielos para informarse del curso de los astros, humilde y modesta dirige su atencion con un Pascal y un Leibnitz á las cosas prácticas y usuales de la sociedad. La religion no habia tenido nunca un intérprete mas sublime que Bossuet; ni el corazon del hombre hallará pintores mas ingeniosos y mas verídicos que un Moliere, un La Fontaine, un La Bruyere. Las pasiones de los Reyes y de los Héroes ¿hablarán tampoco jamas en una poesia mas grande que la de Corneille, ó mas interesante y mas perfecta que la de Racine? Los acentos de su voz eran mas amables que el murmullo de los olivos en flor que se mecen al soplo de la primavera. La preeminencia pues de este siglo tan bien ponderada por el mismo Voltaire en su bella carta á Milord Hervey, es suficiente para refutar á los novatores, para confundir á los

espíritus soberbios que creen en la *perfectibilidad*, y que la prueban como la probaron en Roma despues del siglo de los Tito Livios, de los Virgilio y Poliones los sofistas corruptores á quien fue abandonado el mundo entre Augusto y Jesu-cristo.

Señores, desengañémonos: *el espíritu del siglo y el progreso de las luces* no es otra cosa que una tendencia á relajar los lazos de toda autoridad religiosa y política. La democracia es *el espíritu del siglo* porque el orgullo es la pasión de todos los hombres; y *el progreso de las luces* no es otra cosa que el progreso de la impiedad. Porque, uno de los errores mas perniciosos de nuestro siglo es no considerar al hombre sino en sus relaciones con el hombre, y separar enteramente la sociedad presente de la sociedad futura á la que todo dice relacion y se refiere en los designios de Dios y en el orden establecido. Desde entonces esta sociedad pasajera no tiene apoyo alguno, ni se la ve unida á ninguna cosa. Obligada á crearse fuera de su

naturaleza un nuevo mundo de existencia marcha á la aventura de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones ; y no se la puede ver sin horror atravesar rápidamente espacios desconocidos como si se sintiese perseguida de algun funesto Genio. Bajo el imperio esclusivo de las constituciones humanas no se puede reconocer ningun verdadero poder , porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre. No puede tampoco reconocerse alguna obligacion propiamente tal, porque el hombre nada debe al hombre. ¿Que resultará pues de tan extraño como triste aislamiento? Un desorden absoluto y por consiguiente la muerte. Alomenos la fuerza será en este caso la sola razon del poder, y la necesidad el motivo único de la obediencia. Este es el término fatal á que avanzan con pasos agigantados aquellas naciones insensatas que borran á Dios de sus leyes y de sus instituciones políticas, á Dios padre de los hombres y ordenador supremo de la sociedad , sin acordarse siquiera de que ya los antiguos sabios

del paganismo habian colocado en un mismo lugar la cuna de Licurgo y la de Júpiter para dar á entender, que la religion y las leyes tienen un mismo origen y deben siempre marchar juntas. ¿Y no es esta por ventura la causa secreta de las agitaciones que fatigan á la Europa de cuarenta años á esta parte? Es muy facil notar en casi todos los pueblos no sé que vaga inquietud, que ansia de innovacion, y una como penosa dificultad de existir. Asi la tierra enlutada y lejos de los rayos del dia es como una viuda inconsolable. Se ha detenido el curso de las verdaderas fuentes de la vida, y se buscan otras nuevas; y esto es lo que se llama *movimiento del siglo* y progreso de las luces y de la civilizacion: términos pomposos con que cubrimos nuestra irreparable miseria; pero que bastan para nuestro orgullo degradado, que sobre un horrendo esqueleto echa un manto de púrpura, y queda contento.

Ya desde el siglo quince á manera de aquel murmullo que causan los primeros soplos del

B



viento cuando empiezan á agitar la cima de los árboles y anuncian una tempestad cercana, el error empezó á manifestarse en Europa, y la religion y la monarquía se estremecieron. Literatos oscuros hinchados de erudicion griega y latina se introdujeron sin mision y sin autoridad en el santuario mismo de la sociedad, hicieron presa de la religion y de la política, y las desfiguraron queriendo reformarlas. A mas de esto, la ambicion de las conquistas que hacia respirar á las naciones los combates sangrientos, el hierro homicida, la guerra insensata, habia con el lujo, la profusion y otras cosas á estas adherentes quitado á la monarquía aquel carácter grave y sacerdotal que la hicieran venerable á los pueblos acostumbrados en casi todos los estados de la cristiandad á invocar como santos á sus reyes fundadores ó legisladores de su monarquía; y desde entonces el veneno de la democracia empezó á insinuarse ya en el espíritu y el corazon de los mismos pueblos. Los Soberanos para contenerles procuraban ofrecerles ob-

getos de continua distraccion y gustoso entretenimiento. Las artes, la literatura, los placeres de toda especie vinieron á ofrecer sus brillantes ilusiones: pasatiempos domésticos fueron elevados á la dignidad de instituciones públicas; y los gobiernos haciendose corruptores por política daban espectáculos á sus pueblos, aun cuando no tenían pan que darles, y como á niños escitaban su curiosidad. ¡Remedios insuficientes é incapaces de atajar los males que labraban la ruina de la sociedad! Asi fue la cosa en aumento hasta la segunda mitad del siglo diez y ocho en que aparecieron ya sin rebozo la impiedad y la democracia prestándose mutuamente sus doctrinas y sus furores para asaltar con violencia la religion y la monarquía: como un torrente impetuoso engrosado con las nieves y lluvias del invierno cae con estruendo horrible de lo alto de una montaña, inunda la llanura, arrebatada en su furia los árboles y los puentes, y rompe todos los diques que no pueden resistir á la impetuosidad de las súbitas olas desde el momento

que la cólera del cielo abrió sus cataratas.

Desde esta época lamentable, que Alambert osó llamar por escelencia el siglo de la filosofía, la vanidad hizo marchar al espíritu humano por caminos torcidos y sinuosos, que no podian conducirle á las dos primeras de todas las ciencias, la moral y la religion. Aquella metafísica que trata de las afecciones interiores del hombre, y que asociandole á la Divinidad y dándole una noble idea de su grandeza y de la perfeccion de su ser, le dispone admirablemente para bien pensar y bien obrar: aquella metafísica que Platon llamaba la *ciencia de los dioses*, y Pitagoras la *geometria divina* hizo lugar á la que solo se ocupa del mecanismo de los sentidos y de la influencia de la organizacion física abriendo asi un grande abismo entre el hombre y su Criador. El alma no fue ya sino *la relacion y el conjunto de las funciones orgánicas*, y asi fué anonada de un golpe la inmateriabilidad de su principio, la inmortalidad de su existencia, y por tanto la moralidad de sus determinaciones; y las

ciencias morales no fueron ya por lo mismo sino una rama de la anatomía y de la fisiología, pues se buscaba el pensamiento en el juego de los órganos que los autores de este sistema sometían á sus disecciones. Una interpretacion erronea de las ideas de Loke habia introducido este sistema de las *sensaciones* que Condillac consolidó con todas las seducciones del método y de la claridad; aunque tímido todavía y poco consecuente consigo mismo admitia un principio para nuestras determinaciones diferente de la *sensibilidad física*. Las ciencias exactas y naturales pudieron ciertamente ganar con el desarrollo de esta nueva metafísica; pero el alma no pudo ser despojada de una parte de sus atributos sin que la sociedad recibiese un golpe mortal. El hombre desecado, por decirlo así, por falsos sistemas fue presa del ateismo; y á las nobles costumbres, á la certidumbre de un noble origen y destino substituyó no se que tesoro de erróneas doctrinas, que empezaron á llamarse en la nueva lengua *las luces del siglo*.

Puede decirse que Cristoval Colon entró con mucha mas modestia en un mundo desconocido hasta él, que el siglo diez y ocho en el dominio de todas las ciencias. Filósofos incrédulos pensaron eclipsar con la dinamica de Alambert y algunas felices esperiencias sobre la electricidad, los servicios sin número hechos á la razon humana por cristianos ilustres que les habian precedido y fueron sus maestros. Se lisongeaban tambien de hacer olvidar al mundo que bajo los auspicios de la mas bella de todas las alianzas, la del genio y de la religion, alianza por cuyo medio se eleva la sabiduría como un cedro sobre el Libano, el sistema del mundo y el movimiento habian sido descubiertos á Neuton cuyo prisma maravilloso descomponia al mismo tiempo la luz; que la pesadez del aire habia sido calculada por los Torricelis y Pascales; que el álgebra habia sido aplicada por Descartes á la geometría; que los cielos habian sido vistos limpios y sin neblinas por Galiléo y Keplero, como la razon humana sin debilidad y sin incertidumbre por Loke

y Bacon quienes al fortalecer la inteligencia del hombre habian respetado su corazon.

¡ Ah! como las olas del mar escitadas por la violencia de los vientos baten los costados de un navio y amontonándose unas sobre otras vencen al fin sus bordes y le inundan por todas partes: asi muy pronto todos los lazos que constituyen la familia y la sociedad fueron disueltos. En vez de la disciplina fuerte y severa de las edades precedentes se insinuó en los espíritus á manera de sutil veneno la innoble y baja doctrina de Epicuro; y se vió desde luego con tristeza cuantos horrores y absurdos produjo esta filosofia introduciendo las costumbres voluptuosas que tienen tantos puntos de contacto con las costumbres feroces y de las que no son separadas jamas sino por una crisis política. La fatal caja de Pandora, que, segun la mitología, Júpiter envió á la tierra, para castigar la insolencia de Promethéo que osó robar el fuego del cielo para animar á los primeros hombres, no contenia por cierto ni tantos, ni tan terribles males. Viose ademas en

las producciones del genio de aquellos falsos literatos una larga parodia de objetos los mas respetables, traduciendo á su idioma aunque tal vez hermoeados con las gracias del estilo y con las riquezas de la imaginacion para que fuesen asi mas perniciosos los sarcasmos que Lutero, Calvino, Teodoro de Beza, Buchanan y mil otros habian lanzado antes en griego y en latin: y se les vió tambien hablar sin cesar de la *naturaleza*, de la *cadena* de los séres, del *vegetal originario*, del *animal único* prototipo de todos los vegetales y de todos los animales, y del que todas las plantas y todos los animales con el hombre mismo no son mas que modificaciones: sistema recientemente combatido por M. Deluc el sabio de la Europa mas versado en el conocimiento de la naturaleza, y quien mejor que otro alguno ha visto el fin y el verdadero objeto de todas las ciencias físicas. Viose un espíritu de sofisma roer hasta las entrañas de la sociedad, buscando en la *energia de la materia* la causa primera de todo lo que existe: se vió al hombre ne-

gando á su alma y rebajándose al nivel de los brutos; y por último viose la sociedad como un navío que lanzado en medio del oceano desplegase todas sus velas sin que para dirigir su ruta tuviese ni brújula, ni carta, ni timon. El trastorno de las cosas era consiguiente á este trastorno de principios; y la *perfectibilidad* siempre en aumento vino á parar en una cosa peor que la barbarie primitiva.

Impiaque æternam timuerunt sæcula noctem.

El universo viose amenazado de una noche eterna.

En este estado deplorable pone Dios á los hombres, como lo he dicho ya otra vez, cuando llegan á desconocer su poder y la necesidad de su providencia; y este es el suplicio que les prepara desde luego si hinchados de un necio orgullo intentan sustraerse á las leyes inmutables con que quiso arreglar las cosas de este mundo en su omnipotencia. Asi tambien alguna vez

en el otoño, dice Homero, cuando gime la tierra bajo las tempestades que la envia Júpiter irritado de la insolencia de los hombres, que despreciando sus leyes y sin respetar su presencia violan la justicia en las plazas públicas, la hacen ceder á la fuerza y la vuelven esclava de sus pasiones y de sus intereses: veense rebosar los rios ministros de su cólera, y los torrentes que se precipitan de las montañas arrastrar los árboles y las pañas, y rodando con furor al traves de los campos destruir las mieses, y precipitarse en el ancho mar con ruido espantoso. ¡ Cuan bello me parece, señores, lo que cuenta tambien Homero al principio del libro octavo de su Iliada, y que bien manifiesta allí á pesar de las absurdas ideas de la religion pagana, toda la pequeñez del poder de los hombres, y la ridiculez é impudencia de nuestros sofistas! ” Para convenceros todos de mi poder, decia el supremo Júpiter, suspended en lo alto de los cielos una cadena de oro, y esforzaos en tirar de ella tantos como sois entre dioses y diosas, todas vuestras fuerzas reunidas

no alcanzarán jamas á moverme, ni hacerme bajar á la tierra; y yo siempre que quiera os levantaré á todos sin trabajo, á vosotros, la tierra y el mar: y si ato en seguida esta cadena en la cima del Olimpo, toda la naturaleza suspendida estará allí sin accion; tanto como esto sobrepuja mi poder al de todos los dioses y al de todos los hombres aun cuando reunan en una todas sus fuerzas." Pero dejemos esta, que puede parecer digresion, y anudemos el hilo de nuestro discurso.

Siempre que el vicio habrá llegado á su último grado, el Estado habrá tambien llegado á su término. Permanecerá en pie, es verdad; pero como una violeta, ó un jacinto que acaba de coger la mano de una joven: la flor no ha perdido su forma y su hermosura; pero la tierra su madre no la alimenta ya ni la sostiene: ó parecido mas bien á aquellos restos intactos que se hallan en los sepulcros de Herculano: en el momento que se les toca se desvanecen y no dejan mas que sus cenizas. Asi se exala el alma que

animó á una nacion durante muchos siglos y no deja sobre la tierra sino los despojos de un pueblo muerto; y esta masa inerte, la tierra, los hombres, sin lazo que los reuna, sin fuerza que los proteja, viene á ser la arena pasiva de la ambicion estrangera hasta que la Providencia la prepare nuevas combinaciones; ó esperará que del choque de los sucesos, como de un parto trabajoso renazca en fin una autoridad tutelar, si acaso, para servirme de las espresiones de Bossuet, *estas tierras demasiadamente removidas son todavia capaces de consistencia*. Asi cabalmente aconteció á la vecina Francia. Por un efecto de aquella ley inmutable que no quiere que ninguna cosa se eleve á un grado muy alto sin que disminuya luego, el principio de la monarquía fue depravandose visiblemente desde Luis XIV hasta la época en que minada no tanto por el tiempo, como por las falsas doctrinas, vimos la revolucion francesa, este fenómeno inaudito en moral, en política, en historia, que ofrece á la vista al mismo tiempo el esceso

de la perversidad humana en la descomposicion del cuerpo social y la fuerza de la naturaleza de las cosas en su restauracion; vimos allí trastornarse la sociedad hasta en sus cimientos, como un furioso incendio se apodera de un bosque muy espeso y los vientos llevan á todas partes un diluvio de llamas y caen los árboles á la fuerza impetuosa de estos torrentes de fuego; vimos los franceses inflamados de un nuevo fanatismo inundar la Europa, fogosos como los paladines y cruzados del siglo once, razonadores infatigables como los filósofos del diez y ocho; y vimos tambien muy luego á una espantosa anarquía suceder un despotismo absoluto durante el cual hubo algunos años de estupor, pero que pereció tambien á su vez por haber sido osado de amenazar á la Europa entera en un siglo, que si podia tolerar á un Cromwel, no era nada á propósito para un Atila. Cuando Tacito en el libro primero de su historia anuncia que la obra que emprende vá á presentar sucesos extraordinarios, combates sangrientos, crueles sedi-

ciones, una paz sanguinaria, principes degollados, guerras civiles y extranjeras, los santos misterios profanados, la capital manchada con barbaries inauditas parece que este pintor sublime preparó los colores que pertenecen á las disenciones de aquella época reciente y desgraciada. ¡Aprovechémonos, señores, de esta leccion terrible; y nuestros hijos aprendan alomenos ilustrados por un egeemplo funesto, cual es la suerte reservada á las naciones que osaren poner su mano sacrilega sobre la obra del tiempo y de la esperiencia!

El abandono pues de los grandes principios del orden social, el desprecio de todas las buenas doctrinas literarias y políticas, y el movimiento de todo lo que las es contrario es lo que se llama hoy *marcha progresiva* del espíritu humano: es lo que se llama *espíritu del siglo*; estas son las ideas nuevas, esta la edad nueva. Si! un pueblo nuevo se ha levantado que niega los dogmas antiguos: unos hombres que desconocen á sus padres y desprecian las tradi-

ciones que son las fuentes de la vida moral. Insensatos! aceptan la trasmision de la vida, y desechan la trasmision de la verdad; niegan á sus abuelos al paso que quieren tener descendientes. Empieza una nacion nueva, es verdad; pero con todos los vicios y todas las imperfecciones de la infancia, la indocilidad, la ignorancia, el delirio del placer y de las cosas frívolas, el desprecio de todo lo que es grande y severo en moral, la impotencia de reposo, la necesidad de agitacion. Pero ¿que es lo que se pretende con esta opinion? Que tantos siglos sean borrados de nuestros anales: los anales que la revolucion quisiera destruir porque forman la conciencia de los pueblos? Que la antigua Europa pase por debajo *las horcas caudinas* por satisfacer al orgullo de la nueva, y que nuestra patria se separe de sus antecedentes, como si las naciones pudiesen echar á un lado sus antiguas costumbres de la misma manera que un hombre se despoja de sus viejos vestidos? Opinion absurda y bárbara á un mismo tiempo; absur-

da, porque supondria en el siglo diez y nueve una nacion sin anales y sin recuerdos, bárbara, porque ella destruye la obra del tiempo, y arroja entre dos campos opuestos á una sola y misma nacion. Ciertamente es una cruel pretension querer dividir asi en dos partes la vida de los pueblos, hacer que se establezca el olvido y se siente entre su cuna y su sepulcro, é improvisar sobre la tierra á una sociedad huérfana sin abuelos y sin nombre!

¿Como ha podido esta generacion presuntuosa arrogarse el derecho de reprobear lo pasado, de desheredar lo futuro, y de quitarle aquella sucesion de felicidad privada y de orden público á que habia sido llamado? Usufructuaria ella misma en su existencia pasagera de este patrimonio inalienable ¿con qué titulo ha usurpado su plena propiedad para disiparla en instituciones impotentes, y en vergonzosas y crueles fantasías?

Aquel que niega al Dios de su pais, dice el autor del Genio del Cristianismo, es casi siem-

pre un hombre sin respeto por la memoria de sus padres; los sepulcros no le inspiran interes; las instituciones de sus abuelos no le parecen sino unas costumbres bárbaras, y no siente ningun placer en recordar las sentencias, la sabiduría y los gustos de su madre. Pero cuando los juzgará la posteridad, la posteridad á cuya presencia se presentan solos los hechos del hombre sin que los acompañe la proteccion, la fortuna, el crédito, las intrigas: que juzga de las doctrinas por sus efectos, y que pronunciando en ausencia de las partes juzga siempre en el silencio de las pasiones: cuando los juzgará la posteridad, pregunto ¿creen por ventura que los siglos de las virtudes y del genio no serán á sus ojos los verdaderos siglos de las luces, y que los dias tristes y sombríos de nuestras lágrimas no la parecerán el castigo de nuestras doctrinas y de nuestro orgullo? Vendrá para la sociedad la razon tardía, como viene para el hombre con la edad y el infortunio. Las temerarias decisiones del siglo de las *luces* no parecerán sino de-

cisiones de la ignorancia; y su doctrina de palabras perderá toda su magia cuando los espíritus advertidos por la esperiencia la habrán sujetado á un examen mas serio y profundo. Se desconoce, dice otro filósofo, la autoridad de los siglos, la autoridad de las costumbres, la autoridad de las tradiciones; pero la religion es como una patria: cuando uno la ha dejado se acuerda de ella, la desea con viva ansia y por un sentimiento natural se la invoca á cada instante. Se ha dicho con tanta profundidad como razon, que nosotros nacemos todos en la creencia. No lo olvidemos de ninguna manera: el género humano todo entero suspira tambien por una patria que ha perdido.

Lo dicho hasta aquí es ya muy suficiente para conocer cuan quimérica sea en todo extremo la *perfeccion indefinida*; y que la afectacion con que se habla del *espíritu del siglo*; no significa otra cosa, que una necesidad de grangearse la opinion general, ó de atribuir al voto público aquella opinion que se desea que preva-

lezca con miras y fines particulares. Esta táctica es de todos los tiempos; y tengo por seguro que Catilina hablaba tambien á sus cómplices del *espíritu del siglo*, que no fue poderoso de impedir que Ciceron los acusase luego con tanta vehemencia en el templo de la Concordia. Sin embargo, permítaseme preguntar todavía ¿donde se hallará este espíritu del siglo que tanto se pondera? Como se forma, de qué manera se manifiesta? Se hallará por ventura en la clase propietaria, ó en aquella que nada posee? En los que procuran hacerse ilustres con magníficos servicios y con gloriosos trabajos, ó en aquellos que estan siempre en inaccion y en una despreciable nulidad? En aquellos que uniendo al recuerdo de virtudes antiguas el mérito del actual egercicio de las virtudes públicas á que les llama á cada instante la voz de sus antepasados, justifican el esplendor de un nombre tal vez histórico y siempre respetable, ó en los que movidos de la envidia hacen tentativas criminales por echar un velo sobre los siglos y ocultar-

nos sus grandes ejemplos y lecciones? en aquellos que fieles al culto de sus padres se humillan delante de los altares, ó en los que los destruyen y echan por tierra? en aquellos por fin que respetan las costumbres, ó en los que las ultrajan? No señores: yo no veré jamas el espíritu del siglo en esta intemperancia. El número, la fuerza, la verdadera opinion pública allí se encuentra do asiste el honor, la razon, la probidad.

No, no injuriemos pues á este siglo haciéndole cómplice de los sucesos que le deshonan. El espíritu público desdeña igualmente las abstracciones de los metafísicos y los desvaríos de los ideólogos; y asi ha sido siempre en todos tiempos y ocasiones. Solo el deseo de felicidad le afecta sensiblemente y le mueve. Los hombres sensatos y pacíficos que forman siempre la inmensa mayoría, todos quieren la religion que los consuela, la moral que los une, la justicia que los protege: todos desean un porvenir: todos desean seguridad para ellos, y para sus sucesores: y la esperan justamente del orden inmuta-

ble de la naturaleza que siempre triunfa de los vanos sistemas del hombre; porque saben que si la industria humana puede á fuerza de cuidado hacer vivir algunos dias en un vaso frágil ciertas plantas exóticas preparando con arte hasta la tierra que las nutre: solo la naturaleza ha sembrado una vez en la cima de las montañas aquellas encinas altivas que el hombre no ha cultivado jamas, que resisten durante muchos siglos á los vientos y á las tempestades, y que si succumben en fin al esfuerzo del tiempo, son reproducidas sin embargo por vástagos robustos salidos de su tronco y que apoyando en sus antiguas raices las dan cierta especie de inmortalidad. Esto saben, esto quieren y esto desean los hombres sensatos; y nosotros los españoles añadimos á todos estos nobilísimos deseos el de ser regidos y gobernados perpetuamente por nuestro Soberano actual y sus legítimos sucesores en cuyas manos ha puesto Dios las leyes y el cetro de sus abuelos, este cetro inmortal en su familia y rodeado mas que otro alguno de glo-

ria y de magestad. Esta es la verdadera, la sola opinion pública, y la única que puede formar el espíritu del siglo.

¡ Magistrados ! vosotros que sois los *ancianos* y los sabios de esta nacion grande: vosotros, os diré con un antiguo Presidente, á quien la suprema autoridad y el destino de los oráculos que salen de vuestra boca parece que os eleva sobre los demas hombres y os acerca á la divinidad, y sois por tanto con razon tenidos y considerados de los pueblos como su guía, su antorcha, su genio, y si se puede decir su Angel tutelar: vosotros que con zelo valiente y sabio debeis concurrir al orden político, como vuestra autoridad inviolable preside al orden civil: servios de la autoridad que os da la dignidad de que estais revestidos, y aun mas de la superioridad de vuestro genio para promover el bien público y no permitir que sufra la menor alteracion y menoscabo.

Penetraos bien, os ruego, de esta idea, que yo creo eminentemente filósófica, que todos los

pueblos deben volver forzosamente á las leyes *naturales* ó primitivas que presidieron á su formacion; y que la perfeccion del orden social ó de la civilizacion consiste en deducir de la ley primitiva, general, fundamental, que se llama tambien ley *natural*, las leyes secundarias, particulares y de aplicacion, llamadas leyes positivas, como consecuencias necesarias ó *naturales* encerradas en un mismo principio. Penetraos tambien de esta otra idea no menos filosófica, que lo mismo sucede con las leyes que arreglan el orden moral ó social, que con las que arreglan el orden físico; las pasiones del hombre pueden muy momentáneamente retardar su plena execucion; pero las sociedades tarde ó temprano vuelven á ellas por la fuerza invencible de la naturaleza. No os dejéis pues fascinar por el ruido de grandes frases y paralogismos con que la nueva metafísica acalora las cabezas de los hombres para sumirles en un abismo de males: como la ardiente canícula se eleva sobre el horizonte y envia á los desgraciados mortales la sequedad y las tristes enfermedades.

Nunca sereis mas grandes, nunca mas respetables que siguiendo las huellas de los hombres escelentes que os precedieron en esta ilustrísima carrera, el recto Campomanes amigo sincero de su religion y de su pais, el suave, el modesto y equitativo Lardizabal, Jovellanos lleno de sabiduría y de elocuencia; y buscando en su memoria aquellos restos de verdadera ciencia y de virtud que apenas se ven ya sobre la tierra, y que respiran todavía en sus cenizas. Depositarios de la parte mas santa y mas augusta de la autoridad del Príncipe esforzaos como ellos en sostener el vigor de las leyes, que ahora mas que nunca todo conspira á debilitar; procurad que las instituciones antiguas fundadas en la justicia y consolidadas por los hábitos conserven su esencia, su dignidad, su inviolabilidad; y como ellos observad con ojo atento los males mas ó menos graves que aparecen de continuo en el orden político.

Considerad que la felicidad del pueblo es el grande y único obgeto de vuestra mision. Go-

bernad pues francamente y sin consideracion á lo que dijeren esos pocos sofistas, que conven-dria relegar como en Roma al pequeño circulo de sus escuelas y bajo el pórtico de la Acade-mia. Echando sobre la sociedad una mirada hos-til y desdeñosa afectan ellos despreciarlo todo, vituperarlo todo, ridiculizarlo todo: la misma virtud les parece gótica, y el amor del Prínci-pe y la fidelidad son de aquellas virtudes anti-guas que quisieran borrar del caracter nacional: sin embargo de que con palabras estudiadas de dulzura, con espresiones de ternura al parecer muy sincera no dejan de hablar siempre de pru-dencia, de humanidad, de justicia, de tolerancia. Asi vemos tal vez una agua profunda que es-conde en su seno grandes escollos y abismos, mientras la hermosa imagen y la luz del cielo refleja en su superficie.

Tened siempre en memoria que la revolucion es á manera de un fantasma sangriento casi im-perceptible al principio, pero que va tomando luego formas colosales. Numerosos sectarios le

rodean , le contemplan con admiracion estu-
 da y celebran sus alabanzas en un lenguaje os-
 curo en que apenas se distinguen sino estas es-
 presiones desnudas de sentido: *luces del siglo,*
ideas liberales , perfectibilidad indefinida. El
 menor destello de razon que pudiese penetrar
 estas tinieblas las disiparia al instante; pero
 nuestras pasiones guardan la entrada del san-
 tuario: ellos elevan el fantasma sobre un altar
 de fango , y solicitan temblando sus oráculos in-
 sensatos. Velad pues dia y noche porque la ver-
 dad esté siempre patente y descubierta en me-
 dio de los hombres ya que á su solo aspecto se
 pone pálido el error ; asi como basta la firmeza
 para disipar á los facciosos. Si : preciso es de-
 cirlo ; la firmeza sola les desespera , y el térmi-
 no de sus esperanzas es el principio del reposo
 público.

Magistrados ! la justicia , como dice un fi-
 lósofo , es el alma del mundo , es el apoyo
 constante de los tronos y de los imperios , y la
 reina de todas las virtudes. Cuando ella está

muda, inactiva, los amigos del orden, las gentes honradas tiemblan y se entristecen, y los perversos, los facciosos triunfan y se alegran. Cuando empero levanta su voz sonora y magestuosa los primeros bendicen su proteccion, y los otros se acobardan. Magistrados! ya que unis la bondad del corazon, las ideas generosas á la firmeza de caracter, procurad en hora buena endulzar cuanto os sea dable aquellas leyes que la necesidad hiciera rigurosas; pero no permitais en ninguna manera que se relaje su observancia, aunque se os diga que no estan en armonía con la marcha del siglo, ni en conformidad con las ideas filantrópicas de que tanto se habla en el dia. No, no es dado á vosotros hacer aquellas variaciones y reformas que la mayor ó menor civilizacion de los pueblos puede apetecer. Esto toca al Legislador á quien Dios revela siempre oportunamente la necesidad, el momento y los medios de mudar las leyes; y á vosotros incumbe únicamente dirigirle observaciones respetuosas. Ah! vosotros os diri-

gireis por fortuna al corazon de un Borbon que ha bebido en la copa de la adversidad, y cuyas lecciones amargas pero útiles le han enseñado la sabiduría; que como Ulises ha paseado mucho tiempo en tierra estrangera su diadema y sus virtudes: que se compadece de las necesidades públicas pronto siempre á reparar los males que sean indicados á su Real beneficencia inagotable.

Magistrados! Quereis adoptar el verdadero medio de salud? Quereis alejar todos los peligros? Subid al origen del mal: procurad que la religion suprema conservadora y en cierta manera la ciudadela de las ideas morales recobre su influencia; dad á vuestros agentes y subordinados una impulsion monárquica. Asi volverá á parecer aquella verdadera opinion pública que tanto empeño se pone en sofocar: asi poseeremos todos los elementos de la fuerza y de la duracion; y como una encina antigua resiste á los aquilones impetuosos que se empeñan en arrancarla de cuajo, sacuden vanamente sus ojas y hacen doblar sus largas ramas hasta el suelo;

pero la retienen sus profundas raíces, y firme sobre la roca en que está plantada desprecia y rechaza con bravura todos los asaltos: ó como un viejo peñasco que se levanta sobre la superficie ancha de las aguas, espuesto á la espantable furia de los vientos y las olas desprecia todos los furores del cielo y del mar y no puede ser arrancado: de esta misma suerte los españoles resistirán á los ataques de la revolucion por mas que la acompañen el pavor macilento, la ardiente cólera y la peligrosa estratagema. Asi tambien la Discordia madre de los suspiros y de las lágrimas huirá por siempre del suelo español; y morando todos en uno no ya con apetitos y pareceres contrarios, sino con liga de perpetua paz y conformidad, los dias correrán dulcemente en lo sucesivo sin pena y sin inquietud.

Ah! si; perezcan por siempre, Señores, las contenciones, los odios, las querellas, y no aniden ya mas en el corazon de los españoles que tan grande necesidad tenemos de reposo y de aquella calma reparadora sin la cual no acaba-

rán de cicatrizarse nuestras llagas cuya vista nos causa todavía sensaciones profundas. Si males inauditos han podido algunos años ha escitar resentimientos muy íntimos y dolores inefables, ya en el momento en que estamos no pueden ser otra cosa que un manantial inagotable de meditaciones: mucho mas en tiempo cuando acaba de publicarse el Real Decreto de la mas amplia Amnistia; y con profundos designios de justicia y de misericordia la Reina Nuestra Señora levantando sus manos Reales para perdonar á los culpados y repartir bendiciones, ha querido dar este ejemplo saludable que animase á todos á la reconciliacion, á la fraternidad, á un total olvido de los pasados errores y de las injurias recibidas para que apagados asi todos los odios se confundiesen ya todos los sentimientos en el solo amor al Rey Nuestro Señor y á la Patria.

En virtud de este Decreto Soberano se ha sobreseido ya en todas las causas de Estado: las cárceles, estos lugares tristísimos que la hermosa luz del dia penetra y vivifica apenas no re-

sonarán ya con los ayes y gemidos del infeliz, que tal vez abundaba en arrepentimiento: ya no mas se verán españoles desgraciados sentados y llorando en las orillas de los rios extranjeros; y la memoria de estos accidentes y reveses de los tiempos pasados os debe de enseñar y avisar ; oh españoles! cuanto mejor os estará la concordia, que es madre de la seguridad y buena andanza; y particularmente en edad tan critica como es esta en que ahora vivimos, cuando toda la Europa arde llena de ruido y asonadas de guerra.

La concordia, el presente mas bello, el mas grande que pueden recibir los hombres sobre la tierra, este fruto opimo del buen espíritu, de las inclinaciones nobles y generosas, de la prudencia y de la sabiduría, al mismo tiempo que será para nosotros un tesoro de gloria y de reputacion, nos causará el mismo efecto que el dulce rocío sobre una vasta campiña cubierta de abundosas mieses y cuyas espigas tristes y abatidas recobran su natural lozanía tan luego como sienten la frescura de este regalo del Cielo.

Sean pues los españoles tan amigables entre sí, que todos ellos sean una ánima y un corazón! y como las abejas que teniendo sus colmenas junto á un camino real son escitadas de los viajeros, ó insultadas por una tropa de muchachos que con los animales comunmente desabridos se complacen en irritarlas, salen determinadas y arrojándose sobre sus enemigos les ahuyentan con sus aguijones, y defienden valerosamente sus casas y sus familias: así los españoles lograremos tambien por una estrecha union hacernos respetar del tiempo y de los sucesos.

Y vosotros miserables sofistas, raza temeraria ¿ Quien os inspira tanta audacia? Vosotros que á manera de aquellas plantas parasitas que nacen en tierra fertil y conviene arrancar sin tardanza sois como una enfermedad comun á todos los pueblos viejos, que habeis devorado la Grecia, que habeis devorado Roma y Bizancio ¿ donde acertareis á ocultaros si desde lo alto del trono nuestro augusto Monarca hablando como Rey, para que vosotros le dejéis reinar como Padre os dice mañana... = Quos ego.... *Virg....*

